

## CAPÍTULO XVII

## El balance de la mujer legítima

Isabel se encaminó hacia la calle Plumet, adonde iba hacía algún tiempo, como se va al teatro, á saciarse de emociones.

La habitación escogida por Hulot para su mujer consistía en una grande y vasta antesala, un salón dormitorio con gabinete tocador. El comedor era lateralmente contiguo al salón. Dos cuartos para criados y una cocina, situados en el tercer piso, completaban este albergue, digno aun de un consejero de Estado, director de Guerra. El palacio, el patio y la escalera eran majestuosos. La baronesa, obligada á amueblar su salón, su cuarto y el comedor con las reliquias de su esplendor, había tomado lo mejor de los despojos del palacio de la calle de la Universidad. Por otra parte, la pobre mujer amaba aquellos testigos mudos de su dicha, que tenían para ella una elocuencia casi consoladora. Entreveía en sus recuerdos flores, como veía en aquellas alfombras rosetones apenas visibles para los demás.

Entrando en la vasta antesala donde doce sillas, un barómetro, una gran estufa y largas cortinas de indiana blanca bordada de rojo recordaban las horribles antesalas de los ministerios, el corazón se oprimía, pues se presentía la soledad en que aquella mujer vivía. El dolor, lo mismo que el placer, se crea atmósfera propia. A la primera mirada dirigida al interior de una casa, se sabe si reina en ella el amor ó la desesperación. Se hallaba Adelina en un inmenso dormitorio amueblado con hermosos muebles de Jacobo Desmalters, de caoba guarnecida con adornos del Imperio, aquellos bronceos que han hallado medio de ser más fríos que los cobres de Luis XVI, y se estremecía uno al ver á aquella mujer sentada en un sofá romano, ante la esfinge de una mesa de labor, que había perdido sus colores, que afectaba una alegría engañosa y que conservaba su aire imperial, como sabía conservar la bata de terciopelo azul que se ponía en su casa. Aquella alma activa sostenía el cuerpo y mantenía la belleza. Al final del primer año de su destierro en aquella habitación, la baronesa había medido su desgracia en toda su extensión.

—Relegándome aquí, mi Héctor me ha hecho la vida aun más hermosa que lo hubiera sido la de una pobre aldeana—se dijo ella.—Me quiere así: hágase su voluntad. Yo soy la baronesa Hulot, la cuñada de un mariscal de Francia, no he cometido nunca la menor falta, mis dos hijos está establecidos y puedo esperar la muerte envuelta en los velos immaculados de mi pureza de esposa, en el crespón de mi evaporada dicha.

El retrato de Hulot, pintado por Roberto Lefebvre, en 1810, en uniforme de comisario ordenador de la guardia imperial, se veía sobre la mesa de labor en que Adelina escondía una *Imitación de Jesucristo*, que era su lectura habitual, tan pronto como le anunciaban alguna visita. Aquella Magdalena irreprochable, también escuchaba la voz del Espíritu Santo en su destierro.

—Marieta, hija mía—dijo Isabel á la cocinera que fué á abrirle la puerta,—¿cómo va mi buena Adelina?

—¡Oh! bien, al parecer, señorita; pero aquí, entre nosotras, he de decirle que creo que si persiste en sus ideas, se matará—dijo Marieta á Isabel al oído.—A decir verdad, debería usted animarla á que hiciese otra vida. Ayer la señora me dijo que le diese por la mañana diez céntimos de leche y un panecillo, y que le sirviese, para comer, ya un arenque ó bien un poco de carne fiambre, ordenándome que cociese una libra para toda la semana, exceptuados los días en que haya gente á comer... No quiere gastar más que cincuenta céntimos diarios para su alimentación, y esto no es razonable. Si yo le hablase de este lindo proyecto al señor mariscal, podría malquistarse con el señor barón y desheredarlo, mientras que usted, que es tan buena y tan astuta, sabrá arreglar las cosas de otro modo.

—Pero ¿por qué no se dirige usted á mi prima?—dijo Isabel.

—¡Ah! mi querida señorita, hace unos veinticinco días que no ha venido. En fin, desde que estuvo usted aquí la última vez, no ha venido. Además, la señora me ha amenazado con despedirme si le pido dinero al señor. Pero, ¡ah! respecto á penas, ya lo creo que las ha tenido la pobre señora. Esta es la primera vez que el señor la olvida tanto tiempo... Cada vez que llamaban se asomaba á la ventana... pero desde hace cinco días no se levanta del sofá. ¡Está leyendo! Cada vez que va á casa de la señora condosa, me

dice: «Marieta, si viene el señor, dígame que estoy en casa, y envíe al portero á buscarme, que ya le pagaré yo la carrera en coche.»

—¡Pobre prima!—dijo Bel.—Eso me parte el corazón. Todos los días le hablo de ella á mi primo, pero ¿qué quiere usted? él me contesta: «Tienes razón, Bel, soy un miserable. Mi mujer es un ángel y yo soy un monstruo... Iré mañana...» Y sigue en casa de la señora Marneffe. Esa mujer le arruina y él la adora y no vive más que á su lado. Yo hago lo que puedo. Si yo no estuviese allí, si yo no tuviese conmigo á Maturina, el barón habría gastado el doble, y como no tiene casi nada, se habría levantado la tapa de los sesos. Y mire usted, Marieta, de ocurrir esto, estoy segura que Adelina se moriría de pena. Así al menos yo procuro ahorrar lo posible é impido que mi primo gaste demasiado.

—¡Ah! eso es lo que dice la pobre señora, que ya conoce los favores que le debe—respondió Marieta.—El otro día me decía que la había juzgado á usted mal durante mucho tiempo.

—¡Ah!—exclamó Isabel,—¿y no le dice á usted más que esto?

—No, señorita; si quiere usted darle gusto, háblele del señor. Ella la considera á usted feliz porque usted puede verle todos los días.

—¿Está sola?

—No, dispense, está el mariscal. ¡Oh! viene todos los días, y ella le dice siempre que ha visto al señor por la mañana y que se retira muy tarde por la noche.

—¿Y tenemos hoy buena comida?—preguntó Bel.

Marieta dudaba si responder y apenas se atrevía á sostener la mirada de la loresna, cuando la puerta del salón se abrió y el mariscal Hulot salió tan precipitadamente que saludó á Bel sin mirarla, al mismo tiempo que dejaba caer unos papeles. Bel recogió aquellos papeles y corrió hacia la escalera, pues era inútil llamar á un sordo; pero hizo de modo que no pudiese alcanzar al mariscal, y, al volver, leyó furtivamente lo que sigue, escrito con lápiz:

«Mi querido hermano: Mi marido me ha dado el dinero del gasto para el trimestre; pero mi hija Hortensia se hallaba en tal apuro, que le presté la suma entera, la cual bastó apenas para que saliese del paso. ¿Puede usted prestarme

algunos centenares de francos? No quiero volver á pedirle dinero á Héctor, porque un reproche suyo me haría de masiado daño.»

—¡Ah!—pensó Isabel—¡qué apurada debe estar cuando se ha decidido á dar este paso!

Isabel entró, sorprendió á Adelina llorando, y abrazándose á su cuello le dijo:

—Adelina, querida mía, el mariscal, que corría como un galgo, iba tan emocionado, que ha dejado caer este papel... ¿Ese malvado Héctor no te ha dado dinero desde?...

—No, me lo ha dado puntualmente—respondió la baronesa;—pero Hortensia lo ha necesitado, y...

—Y tú no tenías con qué darnos de comer—dijo Bel interrumpiendo á su prima.—Ahora ya comprendo el aire embarazado de Marieta cuando yo le hablaba de la comida. Adelina, estás haciendo la chiquilla. Mira, déjame que te dé mis economías.

—No, gracias, mi buena Bel—respondió Adelina enjugándose las lágrimas.—Este apuro es momentáneo y ya he buscado medios de salir de él. Mis gastos en lo sucesivo serán de dos mil cuatrocientos francos anuales, incluido el alquiler, y yo los tendré. Sobre todo, Bel, ni una palabra á Héctor. ¿Está bueno?

—¡Oh! ya lo creo; alegre como unas castañuelas, y no piensa más que en su hechicera Valeria.

La señora Hulot miraba en este momento un gran pino que se veía desde su ventana, é Isabel no pudo leer nada de lo que expresaban los ojos de su prima.

—¿Le has dicho que era hoy el día en que comíamos todos aquí?

—Sí, pero ¡bah! la señora Marneffe da una gran comida, y como espera tratar de la dimisión del señor Coquet, la comida ha de ser antes que todo. Mira, Adelina, escúchame: ya conoces mi carácter feroz en lo que atañe á independencia. Tu marido, querida mía, te arruinará seguramente. Yo he creído poder seros útil á todos en casa de esa mujer, pero es una criatura tan depravada, que logrará de tu marido cosas capaces de deshonorarnos á todos.

Adelina hizo el movimiento de una persona que recibiese una puñalada en el corazón.

—Sí, mi querida Adelina, estoy segura de ello y me creo en el deber de desengañarte. Ahora bien, pensemos en el

porvenir. El mariscal es viejo, pero aun vivirá mucho; tiene un buen sueldo, y á su viuda, si él llegase á morir, le quedaría una pensión de seis mil francos. Con esta suma yo me comprometería á manteneros á todos. Emplea tu influencia con el buen hombre para que se case conmigo. No hago yo esto porque desee ser la señora mariscal, pues me preocupan tanto estas cosas como la conciencia de la señora Marnette; pero así tendréis todos pan, y digo todos porque veo que Hortensia carece de él cuando tú tienes que darle el tuyo.

El mariscal se presentó: el veterano había corrido de tal modo, que venía enjugándose la frente con el pañuelo.

—Le he entregado dos mil francos á Marieta—le dijo á su cuñada al oído.

Adelina se puso roja como un tomate. Dos lágrimas humedecieron sus pestañas y estrechó silenciosamente la mano del anciano, cuya fisonomía expresaba la dicha de un amante feliz.

—Adelina, quería hacerle á usted un regalo con esa suma; así es que en lugar de devolvérmela, escoja usted misma lo que más le guste.

Dicho esto, el anciano tomó la mano que le tendía Isabel, y estaba tan distraído en medio de su goce, que se la besó.

—Eso prometo—dijo Adelina á Isabel, sonriendo lo más que podía sonreír.

En este momento llegaron Hulot joven y su mujer.

—¿Come mi hermano con nosotros?—preguntó el mariscal con sequedad.

Adelina tomó un lápiz y escribió en una hoja de papel estas palabras:

«Lo espero, porque esta mañana me ha prometido comer aquí; pero si no viniere, sería porque lo habría retenido el mariscal, que lo tiene agobiado de trabajo.»

Y le presentó el papel. Adelina había inventado esta manera de conversar con el mariscal, y para ello tenía siempre hojas de papel y un lápiz preparados sobre su mesa de labor.

—Ya sé que está agobiado de trabajo con eso de Argelia.

Hortensia y Wenceslao entraron en este momento, y la baronesa, al verse junto á su familia, dirigió al mariscal una mirada que sólo fué comprendida por Isabel.

La felicidad había embellecido al artista, adorado por su mujer y mimado por el mundo. Su cara se había llenado

casi, y su elegante talle ponía de relieve las ventajas que la sangre da á todos los verdaderos hidalgos. La gloria prematura, la importancia y los engañosos elogios que el mundo dirige á los artistas le daban aquella conciencia de su valor que degenera en fatuidad cuando el talento se va. La cruz de la Legión de honor completaba á sus propios ojos al gran hombre que él se creía ser.

Después de tres años de matrimonio, Hortensia estaba con su marido como un perro con su amo, respondía á todos sus movimientos con una mirada que parecía una interrogación, tenía siempre fijos en él los ojos y enternecía con su admiradora abnegación. Se reconocía en ella el genio y los consejos de su madre. Su belleza, que seguía siendo igual, estaba entonces alterada poéticamente por las dulces sombras de una oculta melancolía.

Al ver entrar á su prima, Isabel pensó que la queja contenida hacía ya tiempo iba á romper la débil envoltura de la discreción. Desde los primeros días de la luna de miel, Isabel había juzgado que el joven matrimonio tenía rentas demasiado pequeñas para tan gran pasión.

Al besar á su madre, Hortensia cambió con ella de boca á oído y de corazón á corazón algunas frases cuyo secreto fué comprendido por Bel, á causa de los movimientos de cabeza de que fué acompañado.

—Adelina va á trabajar como yo para vivir—pensó Bel.—Quiero que me ponga al corriente de lo que hará. Esos bonitos dedos sabrán al fin, como los míos, lo que es el trabajo obligado.

A las seis, la familia pasó al comedor, donde Héctor tenía puesto su cubierto.

—Déjelo usted—dijo Adelina á Marieta,—el señor viene á veces tarde.

—¡Oh! mi padre vendrá—dijo Hulot hijo á su madre.—Me lo ha prometido en la Cámara al separarnos.

Como una araña en el centro de su tela, Isabel observaba todas las fisonomías. Después de haber visto nacer á Hortensia y á Victorino, sus ojos eran para ella como cristales á través de los cuales leía en sus jóvenes almas. Ahora bien, por ciertas miradas que dirigió Victorino á su madre, Bel adivinó alguna desgracia próxima á caer sobre Adelina, desgracia que Victorino no se atrevía á revelar. El joven abogado estaba triste por dentro, y en el dolor con que contem-

plaba á su madre, se echaba de ver la veneración que sentía por ella. Hortensia estaba evidentemente preocupada con sus propias penas, é Isabel sabía hacia ya quince días que la recién casada empezaba á sentir las primeras inquietudes que causa la falta de dinero á las gentes honradas y á las mujeres jóvenes á quienes la vida ha sonreído siempre y que procuran ocultar sus angustias. Así es que desde el primer momento la prima Bel comprendió que la madre no le había dado nada á la hija. La delicada Adelina había, pues, recurrido á las falaces palabras que la necesidad sugiere al que pide prestado. La preocupación de Hortensia, la de su hermano y la profunda melancolía de la baronesa hicieron la comida triste, sobre todo si se tiene en cuenta el frío que le comunicaba la sordera del anciano mariscal. Tres personas animaban la escena: Isabel, Celestina y Wenceslao. El amor de Hortensia había desarrollado en el artista la animación polaca, aquella vivacidad del espíritu gascón y aquella atractiva turbulencia que distingue á estos franceses del norte. Su estado de ánimo y su fisonomía decían claramente que creía en sí mismo, y que la pobre Hortensia, fiel á los consejos de su madre, le ocultaba todos los tormentos domésticos.

—Debes ser muy feliz—dijo Isabel á su primita al levantarse de la mesa.—Ya sé que tu mamá te ha sacado de apuros dándote su dinero.

—¡Mamá!—respondió Hortensia asombrada.—¡Oh! pobre mamá, yo que quisiera saber hacer dinero para ella. Isabel, ¿no lo sabes? Pues bien, tengo la horrible sospecha de que trabaja en secreto.

En este momento atravesaban el gran salón oscuro y sin luces siguiendo á Marieta, que llevaba el quinqué del comedor al dormitorio de Adelina, y Victorino tocó el brazo á Isabel y á Hortensia. Comprendiendo ambas la significación de aquel gesto, dejaron á Wenceslao, al mariscal, á Celestina y á la baronesa ir al dormitorio, y permanecieron agrupados en el alféizar de una ventana.

—¿Qué hay, Victorino?—dijo Isabel.—Apuesto á que es algún otro desastre de tu padre.

—¡Ay de mí!—sí, respondió Victorino.—Un usurero llamado Vauvinet tiene letras de cambio de mi padre por valor de sesenta mil francos y quiere perseguirle. Yo he querido hablarle de este deplorable asunto en la Cámara, pero él no

ha querido comprenderme y casi ha huido de mí. ¿Se lo diremos á mamá?

—No, no—dijo Isabel,—tiene demasiadas penas y le daríais un golpe mortal. Vosotros no sabéis cómo está. A no ser por vuestro tío, hoy no hubierais podido comer aquí.

—¡Ah! Dios mío, Victorino, somos unos monstruos—dijo Hortensia á su hermano.—Isabel nos comunica lo que nosotros hubiéramos debido adivinar ya. Esta comida me ahoga.

Hortensia no acabó, y poniéndose el pañuelo en la boca para amortiguar el sonido de un sollozo, rompió á llorar.

—Le he dicho á ese Vauvinet que viniese á verme mañana—repuso Victorino continuando;—pero ¿se contentará con mi garantía hipotecaria? no lo creo. Esas gentes quieren dinero contante, para ejercer con él la usura.

—Vendamos nuestra renta—dijo Isabel á Hortensia.

—¿Y qué serían quince ó diez y seis mil francos, haciendo falta sesenta mil?—dijo Victorino.

—¡Querida prima!—exclamó Hortensia abrazando á Isabel con el entusiasmo de un amor puro.

—No, Isabel, guarde usted su fortuna—dijo Victorino después de haber estrechado la mano á la lorenesa.—Yo veré mañana lo que desea ese hombre, y si mi mujer lo consiente, yo sabré impedir y retardar las persecuciones, pues sería horrible ver atacar la consideración de mi padre. ¿Qué diría el ministro de la Guerra? El sueldo de mi padre, empeñado desde hace tres años, no quedará libre hasta el mes de diciembre; de modo que no hay medio de ofrecerles garantía. Ese Vauvinet ha renovado tres veces las letras de cambio, figuraos las sumas que ha pagado de intereses. Hay que buscar medio de cerrar ese abismo.

—¡Si la señora Marneffe quisiese abandonarle!—dijo Hortensia con amargura.

—¡Ah! Dios nos libre—dijo Victorino,—mi padre buscaría tal vez otra, mientras que con esa los gastos más considerables están ya hechos.

¡Qué cambio el de aquellos hijos, tan respetuosos antes con su padre, por quien la esposa les había hecho sentir una adoración absoluta! Lo tenían ya juzgado.

—A no ser por mí—observó Isabel—vuestro padre estaría aún más arruinado de lo que está.

—Vámonos allá—dijo Hortensia,—pues mamá es astuta y

sospecharía algo. Como dice nuestra buena Isabel, ocultémoselo todo, estemos alegres.

—Victorino, usted no sabe á dónde les llevará su padre con su afición á las mujeres—dijo Isabel.—Piensen ustedes en asegurarse rentas casándome con el mariscal. Deberían ustedes hablarle de ello esta misma noche, para lo cual ya me marcharé yo temprano expresamente.

Victorino entró en el cuarto.

—Bueno, hijita mía—dijo Isabel en voz baja á su primita, —¿y tú cómo harás?...

—Ven á comer con nosotros mañana, y hablaremos—respondió Hortensia.—No sé cómo arreglármelas; tú, que entiendes en las dificultades de la vida, me aconsejarás.

Mientras que toda la familia reunida procuraba imbuir al mariscal la idea del matrimonio, y mientras Isabel volvía á la calle de Vanneau, ocurría allí uno de esos acontecimientos que estimulan la energía del vicio en las mujeres como la señora Marneffe, obligándolas á desplegar todos los recursos de la perversidad. Reconozcamos por lo menos este hecho constante: en París, la vida está demasiado ocupada para que las gentes viciosas hagan el mal por instinto; lo único que hacen es defenderse con la ayuda del vicio de todas las agresiones de que son objeto.

## CAPÍTULO XVIII

### Un aparecido con rentas

La señora Marneffe, cuyo salón estaba lleno de los habituales concurrentes, había armado ya las partidas de whist, cuando el criado, militar retirado que le había sido proporcionado por el barón, anunció:

—El señor barón Montes de Montejanos.

Al oír este nombre, Valeria sintió una violenta conmoción en el corazón; pero se repuso de pronto y se encaminó á la puerta gritando:

—¡Mi primo!

Y una vez junto al brasileño, le dijo al oído:

—Pasa por pariente mío, ó todo ha acabado entre nosotros. ¡Hola!—repuso en voz alta llevando al brasileño hacia

la chimenea—¿conque no has naufragado, como me habían dicho, haciendo que te llorase tres años?

—Buenos días, amigo mío—dijo el señor Marneffe tendiéndole la mano al brasileño, cuyo porte era el de un verdadero brasileño millonario.

El señor barón Enrique Montes de Montejanos, dotado por el clima ecuatorial del físico y del color que nosotros atribuimos todos al Otelo del teatro, asustaba con su aire sombrío, efecto puramente plástico, pues su carácter, lleno de dulzura y de suavidad, le predestinaba á la explotación que las mujeres débiles practican con los hombres fuertes. El desdén que expresaba su cara, el poder muscular que denotaba su estatura y todas sus fuerzas, sólo se desplegaban con los hombres, adulación dirigida á las mujeres y que éstas saborean con tanta embriaguez, que las gentes que dan el brazo á sus queridas afectan todos aires de matón. Soberbiamente vestido con una levita azul con botones de oro, pantalón negro, botas finas de irreprochable brillo y guantes, el barón no tenía de brasileño más que un enorme diamante de unos cien mil francos, que brillaba como una estrella en una suntuosa corbata de seda azul que resaltaba en la abertura del chaleco blanco, entreabierto de modo que dejaba ver una camisa de finísima tela. La frente, bombeada como la de un sátiro, signo de testarudez en la pasión, estaba provista de una cabellera negra y tupida como un bosque virgen, bajo la cual chispeaban dos ojos claros y salvajes capaces de hacer creer que la madre del barón había tenido miedo de algún jaguar cuando estaba embarazada de él.

Este magnífico ejemplar de la raza portuguesa del Brasil, se colocó de espaldas á la chimenea en una postura que denotaba costumbres parisienses, y con el sombrero en una mano y el brazo apoyado en el terciopelo de una mesita, se inclinó hacia la señora Marneffe para hablar con ella en voz baja, preocupándose muy poco de las personas que tan inoportunamente á su juicio llenaban el salón.

Esta entrada en escena, aquella postura y el aire del brasileño, determinaron dos movimientos de curiosidad mezclada de angustia, enteramente iguales en Crevel y el barón. Se notó en uno y otro la misma expresión, el mismo presentimiento, y la actitud de aquellas dos pasiones reales llegó á ser tan cómica, que hizo sonreír á la gente que tenía bastante talento para ver en aquello una revelación. Crevel, que

seguía siendo tendero á pesar de su calidad de alcalde de París, permaneció más tiempo que su colaborador en aquella situación, y el barón pudo coger al vuelo la involuntaria revelación de Crevel, la cual fué una flecha más clavada en el corazón del enamorado anciano, que resolvió tener una explicación con Valeria.

—Esta noche es preciso acabar de una vez—se dijo también Crevel arreglando las cartas.

—Tiene usted oros—le gritó Marneffe,—y acaba usted de hacer un renuncio.

—¡Ah! dispense usted—respondió Crevel queriendo recoger la carta.—Ese barón me parece que está aquí de sobra—continuó, hablando para sus adentros.—Que Valeria viva con el barón, es mi venganza, y yo ya sabré el medio de desembarazarme de él cuando quiera; pero ¡ese primito!... es un barón de más; y como no quiero ser engañado, he de saber cómo y por dónde es pariente suyo.

Aquella noche, por una de esas casualidades que sólo les ocurren á las mujeres bonitas, Valeria estaba admirablemente vestida. Su blanco pecho brillaba á través de una blonda cuyos tonos rojos realzaban el satén mate de esos hermosos hombros de las parisienses que saben (se ignora por qué procedimientos) tener hermosas carnes y permanecer esbeltas. Vestida con un traje de terciopelo negro que parecía próximo á cada instante á dejar sus hombros, estaba peinada con un gusto exquisito. Sus brazos, lindos y gordos á la vez, salían de unas mangas forradas de encajes. En una palabra, que se parecía á una de esas ricas frutas instaladas con gusto en una hermosa fuente y que dan dentera hasta al acero del cuchillo que las corta.

—Valeria—decía el brasileño á la joven al oído,—vuelvo siéndote fiel. Mi tío ha muerto, y soy dos veces más rico que cuando me marché. Quiero vivir y morir en París, á tu lado y para ti.

—Habla más bajo, Enrique, por favor.

—¡Ah! ¡bah! aunque tuviese que arrojar á toda esa gente por la ventana, quiero hablarte esta noche, sobre todo después de haber pasado dos días buscándote.

Valeria sonrió á su pretendido primo y le dijo:

—Piense usted que debe pasar por hijo de una hermana de mi madre, que se casó con su padre durante la campaña de Junot en Portugal.

—¡Yo, Montes de Montejanos, biznieto de uno de los conquistadores del Brasil! ¡mentir yo!

—Más bajo, ó no volvemos á vernos nunca más.

—¿Y por qué?

—Porque Marneffe, como los moribundos que tienen un último capricho, se siente apasionadísimo por mí.

—¿Ese lacayo?—dijo el brasileño, que conocía muy bien á Marneffe.—Ya le pagaré.

—¡Qué violencia!

—Pero, oye, ¿de dónde te proviene este lujo?—dijo el brasileño, que acabó por notar la suntuosidad del salón.

Valeria se echó á reír y le dijo:

—Eso es de muy mal tono, Enrique.

La señora Marneffe acababa de recibir dos miradas preñadas de celos que la habían impresionado hasta el punto de obligarle á mirar á las dos almas en pena. Crevel, que jugaba contra el barón y contra el señor Coquet, llevaba por compañero á Marneffe, y la partida se igualó á causa de las repetidas distracciones de Crevel y el barón, los cuales cometieron falta tras falta. Estos dos enamorados ancianos confesaron en un momento la pasión que Valeria había logrado tener oculta durante tres años; bien es verdad que ella no había sabido tampoco disimular la alegría que le producía el volver á ver al hombre que primero había hecho latir su corazón, al objeto de su primer amor. Los derechos de estos felices mortales viven tanto como la mujer que se los ha concedido.

Entre estas tres pasiones, apoyada la una en la insolencia del dinero, la otra en el derecho de posesión y la última en la juventud, la fuerza y la primacía, la señora Marneffe permaneció tranquila y serena, como el general Bonaparte cuando en el sitio de Mantua tuvo que responder á dos ejércitos deseando continuar el bloqueo de la plaza. Los celos, dibujándose en la cara de Hulot, le hicieron parecer tan terrible como el difunto mariscal Montcornet cuando daba una carga de caballería contra un cuadro ruso. En su calidad de hombre guapo, el consejero no había conocido nunca los celos, del mismo modo que Murat desconocía ese sentimiento llamado miedo. Siempre se había creído seguro del triunfo. Su derrota con Josefa, que era la primera de su vida, era atribuída por él á la sed del dinero, y siempre que hablaba de ello decía que había sido vencido por un

millón y no por un aborto, como llamaba al duque de Herouville. Los filtros y los vértigos que derrama á torrentes ese sentimiento loco llamado celos acababan de penetrar en un instante en su corazón. El anciano Héctor se volvía desde la mesa de whist hacia la chimenea con movimientos á lo Mirabeau, y cuando dejaba las cartas para abrazar con provocativa mirada al brasileño y á Valeria, los concurrentes del salón sentían ese temor mezclado de curiosidad que inspira una violencia que amenaza estallar de un momento á otro. El falso primo miraba al consejero de Estado como hubiera examinado un objeto raro. Aquella situación no podía durar sin que produjese un ruidoso desenlace. Marneffe temía al barón Hulot tanto como Crevel temía á Marneffe, pues se había aferrado á la idea de no morir siendo subyefe. Los moribundos creen en la vida como los forzados en la libertad. Aquel hombre quería ser jefe de negociado á toda costa. Justamente asustado de la pantomima de Crevel y del consejero de Estado, se levantó, le dijo una palabra al oído á su mujer, y con asombro de los concurrentes, Valeria se fué á su dormitorio con el brasileño y con su marido.

—¿Le ha hablado á usted alguna vez de ese primo la señora Marneffe?—preguntó Crevel al barón Hulot.

—Nunca—respondió el barón levantándose.—Basta por esta noche—añadió,—ahí van los dos luses que pierdo.

Y arrojando dos monedas de oro sobre la mesa, fué á sentarse en un diván, en una actitud que todo el mundo interpretó como un aviso para que se fuesen. Los señores Coquet, después de haber cambiado algunas palabras, abandonaron el salón, y Claudio Vignon, desesperado, hizo lo propio. Estas dos salidas arrastraron á las personas inteligentes que creyeron estar de sobra. El barón y Crevel se quedaron solos sin decirse una palabra. Hulot, que acabó por no ver á Crevel, se fué de puntillas á escuchar á la puerta del cuarto, y dió un prodigioso salto atrás cuando Marneffe abrió la puerta y se presentó con frente serena asombrado de no encontrar más que dos personas.

—¿Y el té?—preguntó.

—¿Dónde está Valeria?—le respondió el barón furioso.

—¿Mi mujer?—replicó Marneffe.—Ha subido á casa de su prima y volverá en seguida.

—¿Y por qué nos ha dejado plantados por esa estúpida?

—No, no ha sido por eso—dijo Marneffe,—es que la señorita Isabel ha llegado de casa de su señora con una especie de indigestión, y como Maturina ha venido á pedirle té á Valeria, ésta ha ido á ver lo que tiene su señora prima.

—¿Y el primo?

—Se ha marchado.

—¿De veras?—preguntó el barón.

—Yo mismo le he acompañado hasta el coche—replicó Marneffe con atroz sonrisa.

En este momento se oyó el rodar de un coche en la calle de Vanneau. El barón, contando á Marneffe por cero, salió y se fué á casa de Isabel. En aquel momento acudía á su cabeza una de esas ideas que se le ocurren á uno cuando el corazón está incendiado por los celos. Conocía de tal modo la bajeza de Marneffe, que supuso innobles connivencias entre la mujer y el marido.

—Pero ¿qué ha sido de esos señores y de esas damas?—preguntó Marneffe al verse solo con Crevel.

—Cuando el sol se pone, las gallinas se van á su gallinero. La señora Marneffe ha desaparecido, y sus adoradores se han marchado. Le propongo á usted una partida de *piquet*—añadió Crevel, que quería quedarse.

El también creía que el brasileño estaba en la casa. El señor Marneffe aceptó. El alcalde era tan astuto como el barón: podía permanecer en la casa indefinidamente jugando con el marido, el cual, desde la supresión de los juegos públicos, se contentaba con los mezquinos juegos de sociedad.

El barón Hulot subió rápidamente á la casa de su prima Bel; pero encontró la puerta cerrada, y las preguntas ordinarias que se hacen á través de la puerta emplearon bastante tiempo para permitir á mujeres astutas que dispusiesen la comedia de una indigestión. Isabel sufría tanto, que inspiraba á Valeria los más vivos temores; así es que Valeria apenas hizo caso de la rabiosa entrada del barón. La enfermedad es uno de los parapetos que las mujeres ponen más frecuentemente entre ellas y la tormenta de una disputa. Hulot miró á todas partes á hurtadillas, no vió en el cuarto de la prima Bel ningún lugar propio para esconder á un brasileño, y dijo examinando á la solterona, que estaba completamente buena y que procuraba imitar el ruido de las convulsiones del estómago cuando bebía el té:

—Bel, tu indigestión dice mucho bueno de la comida de mi mujer.

—Ya ve usted qué suerte la de que nuestra querida Bel esté en mi casa, pues á no ser por mí, la pobre muchacha estaría muerta—dijo la señora Marneffe.

—Parece que me cree usted completamente sana—repuso Isabel dirigiéndose al barón,—y eso sería una infamia.

—¿Por qué?—preguntó el barón.—¿Sabe usted, pues, la causa de mi visita?

Y esto diciendo, miraba de soslayo á la puerta de un gabinete tocador cuya llave había sido quitada de la cerradura.

—¿Habla usted en griego?—respondió la señora Marneffe con una expresión desgarradora de ternura y de fidelidad.

—Sí, primo querido; por usted, por usted me hallo en este estado—dijo Isabel con energía.

Este grito distrajo la atención del barón, el cual miró á la solterona con profundo asombro.

—Ya ve usted si le querré, que estoy aquí—repuso Isabel.—Empleo las últimas fuerzas de mi vida en velar por los intereses de usted, al velar por los de nuestra querida Valeria. Su casa le cuesta diez veces menos cara que otra casa que estuviere montada como la suya. Primo mío, á no ser por mí, en lugar de dos mil francos al mes, tendría usted que dar tres ó cuatro mil.

—Ya sé todo eso—respondió el barón con impaciencia.—Usted nos protege de muchas maneras—añadió yendo al lado de la señora Marneffe y cogiéndola por el cuello;—¿no es verdad, hermosa mía?

—A fe—dijo Valeria,—si no le creo á usted loco.

—Bueno, usted no duda de mi afecto—repuso Isabel;—pero yo quiero también á mi prima Adelina, y la he encontrado anegada en llanto porque hace un mes que no le ha visto. No, eso no está bien. Usted deja sin dinero á mi pobre Adelina. Su hija Hortensia ha estado á punto de morir al saber que hemos comido hoy gracias á su hermano. Hoy no había pan en su casa. Adelina ha tomado la resolución heroica de arreglarse por su cuenta, y me ha dicho: «Haré como tú.» Estas palabras me han oprimido de tal modo el corazón después de comer, que al pensar lo que era mi prima en 1811 y lo que es en 1841, al cabo de treinta años, se me ha cortado la digestión. He querido vencer el mal, pero al llegar aquí creí morir.

—Valeria—dijo el barón,—ya ve hasta donde me lleva mi adoración por usted; hasta á cometer crímenes domésticos.

—¡Oh! ¡qué razón he tenido en permanecer soltera!—exclamó Isabel con salvaje energía.—Usted es un hombre bueno y excelente; Adelina es un ángel, y he aquí la recompensa de un cariño ciego.

—Un ángel viejo—dijo dulcemente la señora Marneffe dirigiendo una mirada medio cariñosa y medio risueña á su Héctor, que la contemplaba como contempla un juez de instrucción á un presunto reo.

—¡Pobre mujer!—dijo el barón.—Hace ya más de nueve meses que no le he entregado dinero, y lo encuentro para usted, Valeria, ¡y á qué costa! Nunca será usted amada de este modo por nadie. Y ¡qué penas me da usted en cambio!

—¿Penas? ¿pues á qué llama usted dicha?

—Yo no sé aún cuáles han sido sus relaciones con ese pretendido primo, de quien no me había usted hablado nunca—repuso el barón sin hacer caso de las palabras pronunciadas por Valeria;—pero, cuando ha entrado, he recibido como una puñalada en el corazón. Aunque no veo claro, no soy ciego, y he leído en sus ojos y en los de él. En fin, de las pupilas de aquel mono se desprendían destellos que reflejaban en usted, cuya mirada... ¡Oh! nunca me ha mirado usted á mí de ese modo. Respecto á ese misterio, Valeria, ya se descubrirá. Usted es la única mujer que me ha hecho conocer los celos; así es que no se asombre de lo que le diga. Pero otro misterio que ha salido hoy á la superficie y que me parece una infamia...

—¡Adelante, adelante!—dijo Valeria.

—Es que Crevel, esa masa informe de carne y estupidez, le ama á usted, y usted acoge sus galanterías con bastante benevolencia para que ese necio haya dejado ver su pasión á todo el mundo...

—¡Y van tres! ¿no ve usted ningún otro más?—preguntó la señora Marneffe.

—Tal vez los haya—dijo el barón.

—Si el señor Crevel me ama, está en su derecho; pero que fuese yo favorable á su pasión, sería cosa de una coqueta ó de una mujer á quien dejaría usted mucho que desear... Pero, en fin, ámeme usted con mis defectos, ó déjeme. Si usted me devuelve mi libertad, ni usted ni el señor Crevel



volverán aquí, y tomaré á mi primo para no perder las encantadoras costumbres que usted me atribuye. Adiós, señor barón Hulot.

Y dicho esto se levantó; pero el consejero de Estado la cogió por un brazo y la hizo sentarse. El anciano no podía ya reemplazar á Valeria, que era para él una necesidad más imperiosa que las necesidades de la vida, y por lo tanto prefirió permanecer en la incertidumbre que adquirir la más ligera prueba de la infidelidad de Valeria.

—Pero, mi querida Valeria, ¿no ves que estoy sufriendo? ¿Qué más deseo yo sino que te justifiques, que me presentes algún argumento en tu favor?

—Pues bien, vaya á esperarme abajo, porque supongo que no querrá usted asistir á los diferentes cuidados que exige el estado de su prima.

Hulot se retiró lentamente.

—Viejo libertino—exclamó la prima Bel,—¿no me pide siquiera noticias de sus hijos?... ¿Qué hará usted por Adelina?

—Por de pronto, mañana le llevaré mis economías.

—A la mujer propia se le debe al menos el pan cotidiano—dijo la señora Marneffe sonriéndose.

El barón, sin ofenderse del tono de Isabel, que le reprendía tan duramente como Josefa, se fué, como hombre satisfecho de poder evitar una pregunta importuna.

Una vez echado el cerrojo, el brasileño salió del gabinete en que esperaba y se presentó con los ojos arrasados en lágrimas, en un estado que daba lástima. Evidentemente, Montes lo había oído todo.

## CAPÍTULO XIX

### Escenas de alta comedia femenina

—Ya no me amas, Enrique, lo veo—dijo la señora Marneffe tapándose la cara con el pañuelo y rompiendo á llorar.

Este era el grito del amor verdadero. El clamor de desesperación de la mujer es tan persuasivo, que arranca el perdón que hay en el fondo del corazón de todos los enamorados cuando la mujer es joven y bonita.

—Pero, ¿por qué no lo deja usted todo por mí, si me ama?—preguntó el brasileño.

Este natural de América, lógico como lo son todos los hombres criados en la naturaleza, continuó la conversación en el punto donde la habían dejado, volviendo á coger por el tallo á Valeria.

—¿Por qué?—dijo ella levantando la cabeza y mirando á Enrique á quien dominó con una mirada cargada de amor. —Pero, gatito mío, porque soy casada, porque estamos en París y no en las sabanas, en las pampas, en las soledades de América. Mi buen Enrique, mi primero y único amor, escúchame. Mi marido, sencillo jefe del ministerio de la guerra, quiere ser jefe de negociado y oficial de la Legión de honor, ¿y puedo yo impedirle que tenga ambición? Pues por la misma razón que nos dejaba enteramente libres á nosotros dos (pronto hará cuatro años, ¿te acuerdas, granuja?) hoy Marneffe me impone al señor Hulot. No puedo deshacerme de ese horrible administrador que sopla como una foca, que tiene patillas en las narices y sesenta y tres años, que desde hace tres ha envejecido diez años más queriendo ser joven, que me es odioso y que al día siguiente que Marneffe sea jefe de negociado y oficial de la Legión de honor...

—¿Cuánto más tendrá de sueldo tu marido?

—Mil escudos.

—Se los daré en renta vitalicia—respondió el barón Montes,—dejemos París y vayámonos.

—¿A dónde?—dijo Valeria haciendo una de esas bonitas muecas con las cuales las mujeres se mofan de los hombres de quienes están seguras.—París es el único sitio donde podemos vivir felices. Me interesa demasiado nuestro amor para que lo vea disminuir estando solos en un desierto; escucha, Enrique, tú eres el único hombre á quien he amado en el mundo, escribe eso en tu cráneo de tigre.

Las mujeres persuaden siempre á los hombres á quienes han convertido en corderos siendo leones, y que tienen un carácter de hierro.

—Ahora, escúchame bien: el señor Marneffe no vivirá cinco años, está gangrenado hasta la médula de los huesos; de los doce meses del año, siete se los pasa bebiendo tisanas, drogas y viviendo entre la franela; en fin, como dice el médico, tiene suspendida la guadaña de la muerte sobre su